

Los símbolos pitagóricos

(De *Elogio del Silencio*)

Los símbolos de que se valió el dulce y divino filósofo de Samos para exponer su doctrina, contienen verdades eternas. Tal es la razón que me mueve a comentarlos con espíritu moderno, al cabo de los veintiseis siglos transcurridos entre la era de Pitágoras y la nuestra. Evocar los nobles pensamientos de la sabiduría griega más pura, equivale a vivir horas inolvidables de poesía y de belleza. Rasguemos, pues, los velos de los símbolos pitagóricos.

« Coronam ne vellito »

« No desgarréis la corona. » ¿Para qué vamos a desgarrar la corona de rosas que todos los convidados ostentamos en este breve, pero dulce banquete de la vida? Dejemos que la corona de mirtos, rosas o laurel, que decora alegremente nuestra frente, se desgarre por sí sola y caiga al suelo pétalo por pétalo y hoja por hoja. Ya se encargarán los esclavos de recoger nuestras coronas destrozadas. Entre tanto, bebamos voluptuosamente el vino de Chios en copas hermosas, y platiquemos sobre temas que no alteren la alegría del banquete. No imitemos a los parásitos que devoran todas las viandas para saciar sus bajos apetitos. No imitemos, tampoco, a esa miserable turba de sofistas que afean la

comida con sus agrias disputas y sus acres querellas. No discutamos como esos falsos imitadores de Homero y Hesiodo que se ponen a reñir en la mesa, en nombre de las Musas, sobre la poesía. Fijemos nuestra atención, únicamente, en la dulzura de las melopeas que tocan las flautistas. De vez en cuando, dirijamos una mirada a las actitudes y los movimientos de las danzarinas. La danza, aliada, con la música, sazona el convite. No condenemos con la severidad de Platón la melodía frigia, por su vehemencia dionisiaca. No detestemos, tampoco, las muelles canciones lidias. Pero hemos de preferir, a los modos lidios y frigios, las melopeas dóricas. Durante la comida, olvidémonos de que existe la gama hipolidia. Y, sobre todo, tratemos de no desgarrar la corona que perfuma nuestra frente. Dialoguemos sobre el amor, la amistad, el vino, la música, la danza, el placer, la voluptuosidad. No perdamos de vista la sal, recomendada por el Maestro, mientras comamos tranquilamente con delectación epicúrea. Tampoco nos embriagaremos como los esclavos y las flautistas. Conservaremos la elegancia de nuestras túnicas de púrpura y de nuestras guirnaldas. Amigos míos: no hay ningún amigo, como dijo Aristóteles, pero no desgarréis vuestra corona.

« *Cor non comedendum* »

« No os comáis el corazón. » Comerse el corazón no es roer un hueso cualquiera, sino matar la fuente de nuestra propia alegría. Los que se comen el corazón son también capaces de comerse la cabeza. Evitaremos roernos el corazón, considerando que las tristezas, las penas y las inquietudes forman la trama de la vida, la urdimbre de la existencia humana. Como el dolor es inevitable, no nos entregaremos al llanto, sino que haremos la filosofía del dolor y nos resignaremos. Casi todos los dolores que vienen del corazón pueden ser calmados con los altos pensamientos de conformidad estoica y de consuelo que el dolor hace brotar de la cabeza. No nos roeremos el corazón, pero lo amenazaremos con el cerebro, que no comprende, por lo común, sus tribulaciones. Por

lo demás, comerse el corazón importa privarse del gran órgano del sentimiento, una razón de nuestra vida. Por consiguiente, debemos tratar de ensancharlo y ennoblecerlo.

« Ignem gladio ne scalpas »

« No aticéis el fuego con la espada. » Cuidáos mucho de hacerlo, porque del seno del fuego, atizado por la espada, es capaz de hacer un incendio y arrasarlo todo. No hay que atizar el fuego con el acero, sino que es menester, más bien, moderarlo con la persuasión y la dulzura, y si posible fuera, calmarlo o ahogarlo con otra llama más viva, con la hoguera de la justicia. El fuego del odio se apaga con el fuego de la simpatía. El incendio de la irritación o de la cólera se extingue con el incendio de la verdad y de la clemencia. Pero atizad, no ya el fuego, sino la chispa medio encendida, la brasa más insignificante, con la espada sangrienta, y veréis cómo corren las llamaradas del incendio y sobreviene la catástrofe.

« Per viam publicam ne vadas »

« No vayáis por el camino público. » Si marcháis por la vía pública estáis irremisiblemente perdidos, porque por ese camino sólo tragan los lugares comunes, las ideas falsas y las opiniones plebeyas, juntamente con los pregoneros, las acémilas y los carros. El hombre de buen gusto escoge siempre una ruta apartada, un sendero solitario, una vía singular, para divagar a la ventura o llegar a su destino. Para meditar o soñar, no iréis, ciertamente, por el camino público, sino que marcharéis por sendas apacibles, a ocultaros en un jardín o un bosque. La presencia o el contacto de la multitud, que circula a sus anchas por la vía pública, os impedirá elevar el pensamiento o la imaginación a las alturas. Por el camino público sólo van los oradores populares, los estrategas ostentosos, los sofistas discutidores, las cortesanas y los mercaderes. Decididamente, no marchéis por la

vía pública en compañía de las cortesanas, los mercaderes, los sofistas y los esclavos.

« Domesticas hirundines ne habeto »

« No tengáis golondrinas en vuestra casa. » Golondrinas parlteras y bulliciosas, no ; palomas blancas y arrulladoras, sí. La secta de los parlanchines, sean oradores, filósofos o poetas, es la más detestable de todas las sectas. Nosotros, discípulos del maestro, abominamos de las golondrinas tanto como de los charlatanes. Porque conocemos el valor y la belleza del silencio, nos place el arrullo de las palomas. No nos desagrada el canto de los ruiseñores. Expulsad a las golondrinas de vuestra morada. Son preferibles los buhos, gratos a Palas Atenea, o las palomas, caras a Afrodita, a las golondrinas y los gansos. Matad también los gansos que tengáis en vuestra casa, sin perdonar a los pavos reales.

« Ne cuiquam dextram facile porrigito »

« No tendáis fácilmente la mano. » Sí, no alarguéis fácilmente la diestra a cualquiera, porque la amistad es un sentimiento más raro y precioso que la perla más preciosa y más rara. La juventud entrega fácil y espontáneamente su corazón a la amistad, sin sospechar que la amistad es una margarita valiosa que no hay que arrojar al primero que golpea a nuestra puerta. Tampoco debemos extender con facilidad la mano a las ideas y doctrinas que llaman a nuestra inteligencia, por temor de comprobar, más tarde, que no eran dignas de nuestra mente. No debemos abrir el santuario de nuestro corazón al primero que llega, sino al que ha demostrado, al cabo de numerosas iniciaciones y pruebas, que es digno de nuestra confianza y complacencia. La amistad verdadera es más rara que el amor verdadero, y suele valer más aquélla que éste, aunque, aparentemente, parezca todo lo contrario. Hallar una buena esposa no es difícil ; encontrar

un buen amigo no es imposible, pero tampoco es fácil. Al extender la mano, no alarguéis vuestro corazón; pero cuando ofrezcáis vuestro corazón, no mezquinéis la diestra.

Faculae sedem ne extergito

« No limpiéis el lugar de la antorcha. » Ni debemos lavar el sitio de la tea de la razón, ni debemos dejar apagarla, porque todo lo que fué iluminado por la inteligencia, participa de la naturaleza luminosa de la antorcha, la cual, aunque apagada, sigue alumbrando el horizonte de nuestro derrotero. Necios son aquellos que ocultan el sitio donde la tea ardió esplendorosa. Sin su luz, no percibirán la claridad del conocimiento, sino la sombra del agnosticismo.

« Angustum annulum ne gestato »

« No llevéis un anillo estrecho. » Insensatos seríais si, deliberadamente, os pusiérais un anillo estrecho, vale decir, si encadenárais la vida a supérfluos e inútiles deberes. No existe sino un solo deber necesario, como no hay más que una sola cosa necesaria. Las cadenas que, voluntaria, torpe o imprudentemente ceñimos a nuestros pies, son grilletes de servidumbre que coartan nuestra libertad, sin beneficio para nadie. Debemos ponernos una sortija holgada que, al primer ademán, se caiga al suelo y perdamos la joya. En los períodos de ventura, seremos suficientemente inteligentes como para arrojarlo, a imagen de Polícrates de Samos, en la profundidad del mar.

« A fabis abstineto »

« Absteneos de las habas. » No comáis habas, esto es, no os encenaguéis en los placeres de la carne, en las voluptuosidades del cuerpo. Debemos preferir los santos y puros placeres del espíritu a la satisfacción brutal de los instintos. Los espíritus su-

periores se reconocen en su actitud frente al sensualismo: los sentidos están en ellos como aletargados. En cambio, los seres instintivos e inferiores no hablan más que de los espasmos de su animalidad sexual.

« *A morticinis abstineto* »

« Absteneos de la carne muerta. » Tampoco comáis carne muerta, porque el que se nutre del pasado, de todo lo muerto, trasciende a cadáver. La vida, todo lo vital y viviente, ha de constituir nuestro alimento. En la ciencia, el arte, la religión, la filosofía, la política, hemos de escoger lo animico sobre lo exangüe e inerte. Los cuerpos muertos son para los buitres y los cuervos.

« *Salem apponito* »

« Poned sal. » Sobre la mesa, en la comida, en vuestra vida. Sin la sal, todo sería soso y desabrido. Sin la justicia, no tendría sal la vida. Sin la sal de la ironía, el mundo sería aburrido. Es necesario, pues, sazonar, tanto los manjares como los actos de nuestra existencia, con una partícula de aquella sal ática que aumenta el valor de las cosas.

« *Panem ne frangito* »

« No partáis el pan. » Hay que darlo entero, sin egoísmo, sin avaricia, al pobre que se acerque a nuestra mesa y nos tienda la mano. Si no podemos ofrecerle trabajo, le brindaremos un pan íntegro, no un pedazo, o lo que sería peor, una migaja. ¿No es ya suficiente desgracia para un mendigo, solicitar la limosna de un pan? ¿Y hemos de acentuar su miseria ofreciéndole la miseria de un pedazo de pan? Démosle un pan, todos los panes que quiera, siempre que se halle imposibilitado de trabajar, porque, de otro modo, no haríamos sino fomentar el pauperismo, la in-

dignidad y la pobreza. La caridad crea los pobres; debemos procurar suprimir a los pobres, para que, en lugar de la caridad, reine la justicia.

« *Sedem oleo ne abstergito.* »

« No derramáis aceite sobre la silla. » Sobre todo, no derramáis aceite perfumado sobre el trono de los que ocupan los primeros puestos públicos, muchas veces sin merecerlos. La verdadera grandeza de los hombres se mide por la actitud que observan frente a la lisonja y la adulación: si son accesibles a la loa servil, son tan serviles como los aduladores, y si se muestran indiferentes a las alabanzas, merecen aplauso mayor.

« *Ne cibum in matella injicit* »

« No pongáis la comida en una alcuza. » Ni depositéis un pensamiento puro en una vasija grosera. Las ideas nobles y elevadas han de colocarse en vasos selectos. El más rico perfume, depositado en un continente vil, no pierde, ciertamente, su fragancia, pero a la postre, su aroma se confunde con la emanación mefítica del recipiente inmundo que lo contiene. ¿Hemos de ir a sembrar margaritas en una pocilga? Guardémonos de colocar un alimento en una alcuza.

« *Gallum nutrito, nec sacrificato; lunae enim et soli sacer est* »

« Alimentad al gallo y no lo sacrificuéis, porque está consagrado al sol y a la luna. » Es verdad: el gallo anuncia la salida del sol, y no merece la muerte, por ser el centinela de la aurora. Pero la humanidad ha sacrificado a todos los gallos que, en el curso de la historia, han anunciado el advenimiento de la luz. Están consagrados, sin embargo, a Asklepios, el sol y la luna. Son seres sagrados que ven llegar el día antes que los hombres. En medio de las sombras de la noche derrotada, ellos alcanzan

a distinguir la claridad que no ha nacido todavía. Pero su instinto les dice que, tras las tinieblas, viene el amanecer. Arrojad a las golondrinas del alero de vuestra casa, pero mantened a los gallos y, en todo caso, sacrificadlos en honor de Asklespios, como anhelaba Sócrates, el gallo griego.

« In meridie ne dormito »

« No durmáis al mediodía » ¿Qué pena mereceriais si durmiéseis en plena claridad meridiana? La pena de la ceguera, de la tiniebla perpetua. Cerrar los ojos cuando el sol culmina en el cenit, es la acción más torpe que el hombre, amante de la luz de la verdad, puede cometer. Bien está que durmamos profundamente cuando las sombras cubren el mundo; pero hacerlo cuando el sol se halla en la cúspide de su carrera, es un contradictorio. Sin embargo, muchos hay que, después de haber clamado por la luz, cierran los ojos cuando la claridad deslumbra, como si temiesen quedar ciegos. No imitemos la actitud de estos predestinados a ceguera eterna, y no durmamos al mediodía.

« Carminibus utendum ad lyram »

« Cantad al son de la lira. » Sólo la lira, instrumento apolíneo, es digna de acompañar el canto humano. Los demás instrumentos son menos nobles y armoniosos. Cantemos siempre cosas elevadas y grandes, al amplio y majestuoso son de la lira. Y cuanto mayor sea el número de las cuerdas del instrumento, tanto mejor resultará el canto. Coronados de rosas, con la lira heptacorde en las manos, marcharemos por una senda solitaria de la vida, entonando un cántico digno de los graves sonos del instrumento apolíneo.

« Coelestibus imparia sacrificato, inferis vero paria »

« Sacrificad a los dioses en número impar y en par a los demo-

nios. » No tendréis inconveniente, según entiendo, en hacerlo. Las divinidades celestes, es decir, los supremos ideales del hombre, merecen el sacrificio de la unidad total de nuestra vida, en tanto que los otros ideales menores, si bien igualmente acreedores a nuestro desprendimiento, pueden ser objeto del culto que tributamos a la naturaleza, el número par por excelencia.

« Ad lucernam faciem in speculo ne contemplato »

« No os contempleis en el espejo, a la luz de la antorcha. » Al menos, si deseáis ver vuestro rostro verdadero, como no contemplaréis la naturaleza a la luz de la luna, si anheláis conocer su real aspecto. Las imágenes proyectadas sobre la superficie de un espejo, son a las cosas lo que las ideas, imágenes también, son a los fenómenos de la vida y de la naturaleza. El mundo visible es una imagen peculiar, una apariencia, una sombra, un poco iluminada por la luz de la antorcha, que es nuestra mente. Nuestra inteligencia debe percibir, tras la naturaleza sensible, las causas, leyes y esencias arcanas que rigen su compleja estructura.

« Unum duo »

« Uno, dos. » En el principio fué la unidad, el Verbo o Dios, y después, la dualidad, o sea, la naturaleza desintegrada de la unidad por nuestra razón. Podemos interpretar, asimismo, este símbolo, diciendo que la unidad es toda la naturaleza, y nuestra mente la dualidad, porque por ella disociamos el mundo.

« In astrum ne digitum intendito »

« No amaguéis a los astros. » En primer lugar, porque dan luz y fuego y porque vuestra amenaza nunca habría de llegar a alcanzarlos. No obstante ello, hay quienes escupen a las estrellas, a los astros de primera magnitud, pretendiendo mancharlos con su saliva. La rabia de los pigmeos no alcanza a herir los talones de

los gigantes. Podrán conspirar los sapos, en alianza con las víboras, contra la claridad de los astros; éstos, demasiado altos y sobrado serenos para recoger la baba de los batracios y la ponzoña de los reptiles, seguirán realizando en la altura infinita, su obra de luz.

« Lapidem in fonte jacere scelus »

« Echar piedras en la fuente es un crimen. » Y crimen grande, por añadidura. En las sagradas fontanas donde la humanidad sacia su sed de verdad, de justicia y de belleza, ¿por qué echar esas piedras con que el pesimismo filosófico suele enturbiar las aguas de la vida? ¿Qué castigo podría aplicarse a los que envenenan los manantiales cristalinos del género humano? Merecerían morir lapidados. Abstengámonos de tirar el menor guijarro a las fuentes de ensueño, vida y esperanza de las generaciones.

« Progređiente grege via cedendum »

« Dejad pasar al rebaño en marcha. » Abrid camino a la grey y no os vayáis con ella. El rebaño marcha, ordinariamente, por el camino público, en busca de su pastor. Si no le dejáis pasar, seréis arrollados por la grey enfurecida. El rebaño en marcha es poderoso cuando lo guía un solo pastor y éste no le regatea el césped. Dejadlo pasar, si es posible, desde lejos, con sus pastores adelante, formando otra grey aparte.

« Flantibus ventis, echo adora »

« Cuando soplen los vientos, adorad el eco. » Si, cuando reinan las tempestades, hay que adorar el eco en los lugares solitarios, fuera del bullicio febril de las plazas públicas. Las verdades eternas, las ideas elevadas, los ensueños profundos, hacen escuchar sus ecos en la soledad de los rincones amenos y silenciosos. Basta con prestar atento oído para oírlos a la distancia, a la hora del

crepúsculo, cuando del seno del valle se alza la voz de los pastores y descende sobre la pradera la calma del cielo. Entonces resuenan los ecos, todos los ecos de las voces sublimes que oyeron los dioses y los hombres.

« In sepulcro ne dormito »

« No durmáis sobre el sepulcro. » A dormir sobre las tumbas, es preferible, mil veces, dormir junto a las cunas. Los muertos duermen el último sueño y no debemos turbar el sueño de las sombras. Dejémosles en la tranquilidad de sus moradas póstumas y prosigamos nosotros el drama que ellos dejaron de vivir y que no se ha interrumpido. Los que duermen y sueñan sobre los sepulcros, ¿qué ideas de vida y de renovación podrán aprender en aquella atmósfera de muerte? ¿No se encariñarán con las creencias y las supersticiones que no fueron enterradas con los cadáveres? ¿No cobrarán amor a los fuegos fátuos que fosforescen alrededor de los sepulcros? Por todo ello, no conviene dormir sobre las tumbas, ni soñar sobre los muertos.

« Capillorum et unguium tuorum praesequina conspuito »

« Escupid sobre los recortes de vuestras uñas y cabellos. » Porque los recortes de vuestras uñas y de vuestros cabellos son los restos inútiles de la personalidad humana. Las ideas viejas, las creencias muertas, no merecen otra suerte. Después de escupir sobre tales partes superfluas, hemos de aspirar a renovarnos, dejando crecer en nuestro espíritu nuevas quimeras y realidades. Seres hay que se encariñan con sus uñas y sus cabellos y dejan crecer ambas cosas hasta lo monstruoso. Las uñas largas y las melenas descomunales son claros signos del espíritu opuesto a la tendencia de renovación, que es necesaria a la especie para el progreso de las ideas y los sentimientos. Nuestra vida ha de ser como el árbol, que constantemente se rejuvenece, o como la serpiente, que periódicamente muda de piel.

« *Nudis pedibus adorato atque sacrificato* »

« Adorad y sacrificad descalzos. » Sea cual fuere el culto que profeseamos y la religión — de ciencia, arte o filosofía — a que pertenezcamos, hemos de postrarnos ante los altares, descalzos, esto es, con humildad de mente y sinceridad de corazón. El orgullo es una vanagloria de mal gusto. La verdadera sabiduría es humilde. La confesión socrática : « sólo sé que no sé nada », debiera ser la divisa de todos los sabios. Aquellos que pretenden saberlo todo, ignoran, desde luego, la limitación de nuestro conocimiento, la humanidad de nuestro saber. Seamos, pues, humildes en nuestras adoraciones y sacrificios, como lo ordena el Maestro. Marchemos descalzos por el sendero de la perfección y si alguien, en un recodo del camino, nos invita a bailar, danzaremos también descalzos.

« *Cum tonat terram tangito* »

« Cuando truene, tocad el suelo. » O, lo que es lo mismo, cuando se desencadene la tempestad y el mundo parezca un caos, no perdamos de vista la tierra, la realidad, la naturaleza humana. Cuando estallan las tormentas sociales con su acompañamiento de rayos, truenos y relámpagos, el hombre, por huir de la naturaleza airada, suele huir de sí mismo y perder de vista el sentido de la realidad. Quiere alejarse del peligro, apartar el rayo de su cabeza, y se aleja de la tierra y de sus sólidas leyes naturales. En todos los momentos, nuestro punto de partida tiene que ser el hombre o la tierra, y nuestro punto de llegada, la tierra y el hombre.

« *Libamina diis facito per auriculam* »

« Haced libaciones a los Dioses por los oídos. » El vino a emplearse en estas sagradas libaciones a los Dioses es el dulce y extático vino de la música. Y hemos de beberlo en todas las

copas de la armonía y el canto, elevando nuestras almas a las regiones celestes donde las musas tejen una danza, que solamente pueden ver y escuchar los iniciados. Escancemos el licor de la música en vasos puros, no contaminados por labios groseros. Huyamos de ese áspero y fuerte vino, caro al gusto plebeyo, a la sensibilidad popular. Nuestro paladar, más refinado, ha de escoger la ambrosía de la música noble y elevada, de aquella armonía que ilumina el entendimiento y constituye una revelación divina. Hemos de oír también la música de las esferas del maestro y gustar del gran modo pitagórico.

« *Candelam ad parietem ne applicato* »

« No pongáis la luz contra la pared. » ¿Para qué? Las paredes son, no sólo sordas, sino también enemigas de la luz. Existen almas que no preceden de un modo mejor que los muros en presencia de la luz. Son los espíritus albinos que cierran los ojos, cuando la claridad solar ilumina cenital. Son los eternos enemigos de todo esplendor, de toda belleza. Como las tapias, gustan de la penumbra, de las supersticiones nocturnas. Locos de remate fuéramos si intentásemos hacer filtrar un rayo de luz a través de la densa masa de las paredes. Dejémoslas rechazar el bien supremo de la claridad.

« *Gladium acutum avertito* »

« Apartaos de la espada afilada. » De la espada afilada de la sátira, acre y malévola, más no del puñal agudo de la ironía. Sed irónicos, pero no satíricos, al modo de Arquíloco o Aristófanes. La ironía sonríe con graciosa sonrisa socrática, mientras que la sátira ríe con la gruesa carcajada aristofanesca. Si la sátira es horaciana o juvenalesca, vale tanto como la noble ironía. Entre la espada afilada y el puñal agudo, preferid éste último, porque el manejo de aquella no es fácil y puede resultar, al cabo, peligroso.

« Quae ceciderunt e mensa, ne tollito »

« No recojáis las cosas que caen de la mesa. » Al inclinaros a recoger las migajas y los huesos que caen de la mesa, sobre la cual no ha de faltar la sal, demostráis ya un ánimo, entre pobre y mendicante. Hemos de abandonar las migajas para que se las coman las aves de corral y los huesos para que engañen los perros su hambre. En la mesa, que es el ara de la comunión cotidiana y de la libación habitual, guardaremos la actitud condigna. Partiremos el pan en partes iguales para los nuestros, pondremos el alimento en un recipiente puro y nos abstendremos de las habas. En esta mesa, que es una imagen de la vida humana, reinará la igualdad. Y los que quieran venir a sentarse a nuestra mesa, bien venidos sean, ya fuesen seres humanos, pájaros o perros. Claro está que el número de los invitados ha de fluctuar entre el número de las Gracias y el de las Musas.

« Ad solem versus ne loquitur »

« No habléis frente al sol. » Siempre que descemos hablar, lo haremos, no delante del sol, como los oradores populares, sino en la íntima penumbra del hogar, a la sombra de un árbol o en el retiro de nuestra estancia de estudio. La palabra es, después del silencio, la fuerza más grande del hombre y del mundo. El verbo crea, obra, y puede destruir como la acción o construir como ella. Muchos ignoran el poder de la palabra y hablan sin recato delante del sol, en presencia de la muchedumbre, que no percibe generalmente sino el ritmo de la frase, el encanto musical del arte oratorio. Por otra parte, los que hablan frente al sol, se exhiben de cuerpo entero con su sombra proyectada sobre el suelo, y tienden a brindar el espectáculo de su desnudez al público. Hablemos, pues, sin desnudarnos, en la penumbra propicia de un retiro, con el sol a nuestra espalda.

« Mustelam devita »

« Evitad la comadreja. » La comadreja es como el cerdo, como la culebra, como el sapo, un animal impuro, una animalidad asquerosa y hedionda. Es el símbolo de lo serpentino, lo sucio. Es natural que por todo ello debemos evitarla. Trataremos de no frecuentar los sitios habitados por las comadrejas. Y no son pocos, por desgracia, esos sitios. A lo mejor, en las sendas de un bello jardín, salta de pronto una comadreja de no se sabe dónde. Al verla, hemos de huir con pies ágiles para que no nos llegue su pestilencia, porque si, por casualidad o por fatalidad, nos salpicara su hedor, todas las rosas del mundo no serían suficientes para quitar de nuestro vestido o de nuestra alma el olor de la comadreja.

Tales son los símbolos pitagóricos más claros e inteligibles. No estoy seguro de haberlos interpretado fielmente de acuerdo con la doctrina del maestro, por lo que, sin duda, no me reprochara nadie; mas estoy persuadido de haberlos comentado como podría hacerlo un pitagórico del siglo xx. ¿Resultan actuales los principios filosóficos y éticos que encierran estos símbolos enunciados veintiséis centurias atrás? Confío en que habréis llegado a semejante conclusión.

Y bien: ello es obra de la inmarcesible juventud de la filosofía griega, de la inmortalidad perennemente fresca del idealismo itálico.

ELOY FARIÑA NÚÑEZ.